

*Artes decorativas*

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA LÁZARO

EL DÍA 16 DE DICIEMBRE DE 1906



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH. BIBL. Y MUSEOS

Infantas, número 42, bajo izquierda.

1906

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA LÁZARO

EL DÍA 16 DE DICIEMBRE DE 1906



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH. BIBL. Y MUSEOS  
Infantas, número 42, bajo izquierda.

1906



# DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA LÁZARO



## SEÑORES ACADÉMICOS

Si mis primeras palabras en este solemne momento no tuvieran que ser para expresaros mi profunda gratitud por haberme concedido la honra de venir á compartir con vosotros las tareas á que con tanto fruto para el arte os dedicáis, tendría que comenzar declarando que, más que á personales méritos, de que carezco, debería este favor que me otorgáis al cargo de Director de las Obras de la Catedral de León, que he tenido la fortuna de desempeñar cuando se terminó lo más importante de aquella labor en la que otros insignes Arquitectos dejaron imperecedera muestra de su maestría, y á quienes la muerte alcanzó prematuramente, sin que lograran ni la satisfacción de ver terminados sus trabajos ni mucho menos alcanzar el justo galardón, que de seguro les hubierais otorgado, y que á mí tan generosamente me habéis concedido.

Deseo en justicia consignar aquí que la medalla que me destináis viene á mí porque no pudo concederse á los Sres. D. Juan de Madrazo y D. Demetrio de los Ríos, que realizaron la parte más importante, comenzada antes por vuestro compañero en esta Academia D. Matías Laviña, de feliz memoria, y en la que también trabajaron, si bien por escaso tiempo, los Sres. Hernández Callejo y Amador de los Ríos (D. Ramiro), todos ellos fallecidos, con dolor

profundo de cuantos conocían su capacidad y competencia artísticas.

Pero no es esta la única y fúnebre lista de maestros y compañeros arrebatados á la profesión que tengo que recordar, porque ¿cómo olvidar, aunque la costumbre no me impusiera el deber de tenerlos presentes, á los señores D. Arturo Mélida y D. Eduardo Adaro, que, sucesivamente, dejaron vacante en esta Academia el puesto que desde hoy voy á ocupar?

Era para mí Mélida, no sólo un compañero y casi un condiscípulo, sino, además, un entrañable amigo, cuyas genialidades me admiraron siempre casi tanto como su talento, con ser éste tan cumplido y sobresaliente, como que acaso él y no otro alguno ha logrado brillar en nuestra época como arquitecto, pintor y escultor, emulando las glorias de los grandes artistas del Renacimiento. Sus obras, que no estoy llamado á juzgar, perpetuarán su nombre mucho más que el cariñoso recuerdo que aquí le dedica quien, como yo, tanto le admiró en vida.

Para sustituirle habíais elegido muy acertadamente al Sr. Adaro, harto conocido por muchas de sus obras, alguna de las cuales, como la del Banco de España, es acaso la más importante, en especial como organización de trabajo, de cuantas se han llevado á cabo en España en nuestro tiempo, sin que le fuera dado tomar posesión del puesto que le destinabais, cuando hasta el discurso de ingreso tenía ya terminado, acreditándose así, si por otros muchos motivos no lo estuviera ya, su incansable laboriosidad, aun sufriendo el grave padecimiento que puso término á su vida, cuando más prometía su bien acteditado entendimiento y práctica maestría.

Cumplido este penoso deber, que esta Academia y todas sus hermanas pone al frente de las solemnes recep-

ciones de sus miembros, y que parece tener el elevado sentido de recordar al que á sus puertas llega lo efímero y deleznable de todo honor y encumbramiento, bien quisiera ofrecer á vuestra elevada consideración algún fruto de estudios y tareas que no desmerecieran de las que con elocuencia y saber acostumbran á traer aquí en ocasiones análogas cuantos han recibido la honrosa investidura académica. Pero, sobre ser imposible á mi cortedad emular tales trabajos, vase día á día aumentando la dificultad de dar con algo original y hasta cierto punto propio; agotados todos los más importantes asuntos y temas, que ya de modo insuperable constan en la numerosa colección de discursos aquí leídos y cuidadosamente coleccionados por cuantos sabemos que en ellos se encuentran ideas, datos, noticias y, en suma, abundante é inagotable venero de erudición y cultura

Atendiendo, no enteramente á mi particular vocación, la cual me ha impulsado siempre á cultivar con preferencia la parte que se refiera á la estructura de las obras arquitectónicas, sino á otro género de trabajos en que me he visto lanzado por la necesidad de acudir, lo menos mal que me fuera dable, á la resolución de dificultades que me salían al paso, he preferido elegir para tema de mi discurso el tratar de *Las Artes Decorativas*, que si bien participan de todas las Artes del Dibujo, ó son más bien elementos ó aplicaciones de ellas mismas, han tenido hasta ahora, y tendrán de seguro siempre, más íntima relación con la Arquitectura, ya que no quiero hablar de dependencia en estos días de igualdad y fraternidad, al menos en lo especulativo del Arte.

Si, por otras razones de índole particular, no me pareciera propio semejante asunto, aún me inclinaría á él una consideración que estimo de especial manera impor-

tante, puesto que el ejercicio y adelanto de tales artes ha sido ya y está llamado á ser cada día más, no sólo causa de general cultura, sino además origen de prosperidad y fomento de riqueza de las naciones. Precisa al arquitecto dedicarlas atención preferente, ya que la ejecución de su propia obra, que no es como las de las otras artes del dibujo enteramente personal, requiere el concurso indispensable de otros colaboradores, quienes en no escasa parte contribuyen al resultado que persigue; pues en vano es que sus concepciones y diseños logren alcanzar la soñada perfección, si sólo en proyectos se quedan ó si, al erigirse, caen en manos inhábiles ó rudas que las desfiguran y trastornan en tales términos que, ni su propio autor las conoce. De ahí que, sin pretender ni remotamente ejercer una especie de monopolio en la enseñanza, progreso y práctica de todas las artes aplicadas, consagre en especial el arquitecto sus desvelos, más que otros profesionales, al estudio, análisis, medios de ejecución y adelanto de ellas, puesto que, si no todas en absoluto, la mayor y también mejor parte de las mismas en el arte monumental tienen su aplicación más frecuente, cuando no de él proceden y con él están ligadas por estrechos vínculos.

La enumeración siempre incompleta de ellas confirma esta aseveración, porque, aun sin contar la escultura y la pintura, puramente ornamentales, todavía están íntimamente unidas á la arquitectura la orfebrería, metalistería de hierro y bronce, mueblaje, vidriería, esmalte, marfiles, ebanistería y talla, dorado, tapices, moldeado, fundiciones, repujado y estampación con otras muchas más que á cada momento surgen, ya por los frecuentes descubrimientos de materias nuevas, ya por los procedimientos que para el dominio de las mismas materias aportan los muchos recursos que el adelanto de la ciencia suministra sin cesar.

De aquí que pocas veces haya sido posible llegar sino de un modo muy general y vago á conocer sus procedimientos, condiciones é importancia, y, por tanto, á promover su progreso, desechar sus rutinarios medios de producción y generalizar su ejercicio; mas lo que sí confirma la experiencia y patentizan los resultados es que nada en ellas se puede obtener sin una base indispensable y fija: el dibujo.

Sería superfluo, y además anticuado, entrar en consideraciones, hasta la saciedad sabidas y repetidas, para demostrar en teoría tal afirmación, ni aun prácticamente tampoco; puesto que ya es vulgarísimo, al menos entre cuantos de arte se ocupan, la singular transformación que, con espíritu puramente mercantil, han conseguido en su producción naciones distintas de Europa, aplicando con buen sentido el conocimiento y divulgación de este expresivo recurso, verdadero é indispensable complemento de la enseñanza en todos sus grados; porque, no sólo es ya tan indispensable y útil como la lectura y la escritura á los que las artes cultivan aun en sus grados más humildes y manuales, sino á cuantos de alguna manera quieren expresar y puntualizar más exactamente que con la palabra ó el escrito sus ideas y pensamientos, y así vemos que los cuadros y demostraciones gráficas, las ilustraciones y notas dibujadas acompañan ya á todo género de publicaciones y escritos, lo mismo para patentizar los cuadros estadísticos, demográficos, meteorológicos y de otras diversas clases, que para dar idea de los sucesos, acaécimientos, viajes, itinerarios y hasta crímenes y maldades; de tal suerte, que ya una persona medianamente instruída tiene y debe ser apta para leer, escribir y dibujar.

Concretando á las Artes Decorativas lo que á esta base indispensable se refiere, no es posible desconocer

que la buena ó mala dirección de su enseñanza ha sido, es y será la causa principal, si no única, de su adelanto ó decadencia, y cuando, como antes he insinuado, naciones poderosas, singularmente Inglaterra y Alemania, dándose cuenta de la inferioridad y escaso valor de sus productos artísticos en la concurrencia mercantil, trataron y consiguieron remediar este mal, y aun hacerse casi dueños del mercado por medio de la transformación completa de su elaboración, no se contentaron con ampliar la enseñanza del Dibujo, que de antiguo tenían establecida, sino de encaminarla por otros senderos, hacerla variar de rumbo, sustituir, ó mejor dicho, desterrar lo convencional y formalista, acudir al modelo vivo, resucitar y mejorar los procedimientos verdaderos, nacidos y sostenidos en los antiguos talleres; poner de manifiesto en colecciones, museos, galerías, reproducciones, fotografías y grabados todas aquellas obras más notables de todas las épocas y países, de todos los géneros y clases, pero estudiados, analizados, penetrados en sus intimidades y detalles y haciendo en ellos una que pudiéramos decir disección de los mismos, para poder apreciar, no sólo el conjunto y aspecto de su bella ó feliz forma, sino también las causas y motivos principales de que dimanaba, ya por la materia en que está hecha, ya por los procedimientos seguidos para trabajarla, ya por los recursos empleados para su solidez, apropiación, permanencia, en suma, de cuanto es y constituye la razón y motivo de su superioridad real y efectiva, que la eleva de categoría sobre sus similares.

Es decir: que no sólo el vago y no siempre bien definido sentido estético es menester cultivar y dirigir en la enseñanza y divulgación del dibujo, sino también el raciocinio; no sólo la fantasía, sino, además, el entendimiento, que se nutre de ideas, de conceptos, de razones y que me-

quita, pesa, mide, aquilata y penetra en lo hondo, en lo firme, en lo substancial, sin que por eso aquella otra noble y elevada facultad, la imaginación, la fantasía, que es la superior del artista, se turbe ni ahuyente, antes al contrario, brote más lozana y brillante, como más briosa y espléndida surge la planta y hermosa se desarrolla la flor cuanto más hondas y vigorosas se hunden sus raíces en la tierra que la nutre y la sustenta.

El Arquitecto que al concebir su obra no puede desligarse de pensar en los recursos que ha de poner en práctica para que sea realizable, que lucha y tiene que vencer la materia inerte, sujeta á leyes ineludibles y obediente sólo al concierto admirable de esas mismas leyes que la ciencia experimental va descubriendo con los medios adecuados y seguros para armonizarlas, para contrarrestarlas y equilibrarlas, está acostumbrado y debe estar capacitado por educación, por instrucción, por práctica para el ejercicio y convivencia de ambas facultades, y si no no será tal arquitecto. Si dejándose llevar del puro razonamiento y cálculo pretende que su obra sea rigurosamente científica, abandona su campo y pasa al de la ingeniería, y si, por el contrario, deja volar su fantasía y le parece nimio y secundario y despreciable, por no decir enojoso y antipático cuanto hay que libar en las ciencias exactas y experimentales, también quedará fuera de su lugar propio, y no será arquitecto, como no sea de castillos en el aire.

La materia impone sus leyes, como el espíritu las suyas, que si para volar necesita el ave dos alas, el artista tampoco puede pasar con una sola, y si, además, el arte que cultiva es el decorativo, por su naturaleza, por sus aplicaciones, por su éxito, tiene tanto que guardarse de ser puramente superfluo ó postizo como de convertirse en vulgar y rastrero.

El análisis, bien que somero y breve, tal como un discurso lo permite, demuestra plenamente este aserto. Comenzando por la orfebrería, y sin más que fijarse en la española, ciertamente de las más completas y admirables, si no la primera de todas, hay abundante materia para patentizar cuanto en su adelantamiento y singular elevación influyó el seguro instinto y la acertada dirección que revela estudios sólidos, sutiles raciocinios, tanto como gusto cultivado é intuición estética admirable. Si desde aquel tesoro de Guarrazar, cuya casi totalidad es el más preciado ejemplar del Museo Cluny, se sigue el examen de las cruces, cálices, arquetas y otras preseas que aún conservan Oviedo, Santiago, León, Silos, á pesar de tantas expoliaciones y pérdidas, y después del período visigótico, y aun el que alcanza hasta las postrimerías de la décimatercia centuria, se analiza el resto de toda la labor medieval, comprendiendo en ella las custodias, sagrarios, coronas, viriles, cetros, candelera y vajilla que, principalmente para el servicio del culto, pero también para otros usos domésticos y civiles, constituye riquísimo tesoro, que en cuanto pueden, merman y aprovechan otras naciones ahora más poderosas y adineradas que la nuestra, se llega al siglo xvi y en él se lee y medita la obra de mi insigne coterráneo Juan de Arfe, no es posible negar, si ya los mismos ejemplares no lo manifestaran suficientemente, que tan admirable labor había sido fruto de atentas investigaciones, de ingeniosos y hasta sutiles procedimientos, de dominio experimental y práctico de los principios en que la proporción, la euritmia, la armonía, la yuxtaposición y el contraste se basan, sin que por eso se descuidase la forma siempre bella y en ocasiones sublime é inspirada y como surgida al amor del material precioso en que brotaba.

No es, por cierto, en los escasos trazados y diseños originales, que por ventura han sobrevivido á sus autores, donde se encuentra más que admirar por lo que hace á la forma y perfección, siendo siempre muy inferiores á la obra ejecutada, pero harto expresivos y precisos para no dudar que en ellos iba el alma y el saber del artista y también la pauta y norma para caminar con pie firme y seguro, porque es de notar que en obras de esta índole, cuando la materia es preciosa, la falsa maniobra, el arrepentimiento y retoque, ó son imposibles ó siempre imperfectos y se traducen infaliblemente en despilfarro y desperdicio, que jamás ha podido suplir el bolsillo del pobre artífice, y pagaba con su descrédito y pérdida ó falta de trabajo, que era todo su haber.

De puntualizar aquí cuánta atención era menester dedicar para que esas obras, objeto hoy de tan justa admiración, alcanzasen las especiales cualidades que las avaloran, sería menester describir siquiera una de ellas, y ver cómo una vez imaginada ó concebida iba surgiendo por intensa y reflexiva labor del artista en su trazado y disposición, geometría pura; en la elección, preparación de materiales y manipulación de ellos, atendiendo á sus cualidades y composición extrínseca é intrínseca, física y química más ó menos extensa; tamaño, proporción y laboreo de los diferentes elementos, montaje y ajuste, accesorios indispensables de sostenimiento y adherencia, estructura, en suma, que bien puede calificarse de construcción arquitectónica, tratándose de un arte como éste en el que sus cultivadores alcanzaron tal pericia en nuestro suelo, que su influencia llegó hasta imponer á un estilo, bien simpático por cierto, su propio nombre de arquitectura plateresca.

Y á todo esto nada he dicho aún de lo más primoroso y exquisito que surgía de los martillazos del re-

pujador y del perfecto manejo del cincel con la vida, la expresión, el primor y la sinceridad que encantan y subyugan como cualidad superior de la obra que se contempla, fruto de tanta labor, resultado de tantos esfuerzos, galardón y premio de tanto saber, ingenio é inspiración. Pues todo eso que no ven ó no alcanzan á distinguir sino pocos de los que las contemplan, es indispensable que se enseñe y demuestre á quienes traten de imitarlo, y esa es, justamente, la característica, dirección y objetivo de las enseñanzas novísimas, que aportan resultados satisfactorios; esa es la que pide muscos, galerías y modelos vivos y dignos de figurar en ellos, y bibliotecas en las que las monografías, las carteras de estampas y dibujos, los álbums y colecciones fotográficas anden al lado de laboratorios y gabinetes, de hornillos y fraguas, de yunques y limas, todo siempre al servicio de la lección oral, y, sobre todo, de la laboriosidad y la aplicación.

Cuando el material no es tan precioso, como sucede en los trabajos de *herrería*, el esfuerzo es de otra índole, pero no menos inteligente y razonado, porque, sin abandonar lo más principal de la orfebrería en el repujado de ornatos y figuras, surgen otros empeños que la magnitud y tamaño de la obra traen consigo, tanto para la traza como para el ajuste y colocación. En esto sí que sin vacilar puede asegurarse que nuestros maestros rejeros de los siglos xv, xvi y xvii, fueron superiores á los de todas las demás naciones, y poseemos con exclusión verdadera, los únicos y superiores ejemplares de su arte. Ni en obras ni publicaciones, ni por coleccionadores ni muscos, pueden presentarse ejemplares que se asemejen, ni mucho menos puedan competir con los que aquí poseemos, siendo verdaderamente de lamentar que en la multitud de trabajos de esta clase que en nuestros días se realizan, ni se

tengan presentes, ni se estudien ni exploten ó imiten sus excelentes principios y prácticas, de una maestría, una sencillez y un resultado tan admirables, que es por demás.

Para convencerse de ello, basta analizar con el posible detenimiento los muchos y magníficos ejemplares que tenemos desde Asturias á Cataluña, desde Navarra hasta Extremadura, siendo numerosos en ambas Castillas, en Aragón, en Andalucía, en todas partes, y cuyo estudio, reproducción y análisis podría dar margen á un interesante libro, de gran utilidad y provecho para el arte en general y para el adelanto y comprensión de éste en particular, siempre que se emprendiera antes de que algún extranjero lo acometa, pues ya hay muchos entre ellos que las copian, estudian y estiman en lo que valen.

No de tanta importancia, ni mucho menos, es la obra de nuestros bronceistas; pero tampoco merece el desdén y olvido en que yace, por virtud del cual nuestra producción de este género está en un estado de inferioridad grandísima, á pesar de la extraordinaria habilidad manual de nuestros obreros que á ella se dedican, y que prácticamente he tenido ocasión de comprobar, lamentando al propio tiempo el inmenso esfuerzo de tiempo y trabajo que emplean en vencer, por procedimientos rutinarios, dificultades que de muy antiguo habían hecho desaparecer los viejos maestros, según sus propias obras revelan.

Pero donde aún se nota más esto, y con mayor perjuicio en todos sentidos, es en la ebanistería y talla, y, por consecuencia, en el mueblaje. Parece imposible que en la nación que inundó Europa entera de los más apetecidos muebles, que conserva tan preciados y valiosos ejemplares como se pueden apetecer, y de los cuales están sacando al presente, por imitación y casi copia, grandísimo partido artistas de otras naciones, con aplauso y provecho

que nos lleva á ser copistas de sus copias, se haya llegado al estado de decadencia é insignificancia actual.

El imperio de la moda, siempre voluble, efímera y tornadiza, ha producido en este arte, más que en ningún otro, funestísimo influjo, arrinconando por inútiles, ejemplares valiosos; desdeñando por rancias, sapientísimas prácticas, y dispersando, empobreciendo y aniquilando modestos cuanto hábiles operarios. Difícil es raer de nuestros talleres y obradores cuanto falso, extranjerizo y vicioso ha entrado en ellos en más de un siglo; pero, con serlo tanto, no alcanza, ni con mucho, á la tarea árdua y posiblemente estéril de encauzar el gusto del público por senda menos equivocada y voluble que la que sigue. Por fortuna, en otros países que con excesiva devoción solemos tomar por modelos, empieza á iniciarse saludable tendencia, inspirándose en los antiguos modelos, tan despreciados y arrinconados; y no de última hora, sino de algunos años á esta parte, hase iniciado la loable tarea de recogerse los que por trastos viejos se tenían, y lucen ya en muchos salones, restaurados, quizá excesivamente restaurados, pero, en fin, tenidos en el concepto y aprecio que merecen, y, como consecuencia de este hecho, adicionado á meritisimos trabajos de investigación de entendidos y aficionados á excursiones y viajes en los que se busca con afán y se publica con esmero cuanto de este género se encuentra, y, por último, y principalmente, por la plausible labor de entendidos escritores que, en periódicos ilustrados, han emprendido la patriótica tarea de educar el gusto público en este particular, parece vislumbrarse alguna esperanza de que se inicie entre nosotros la reversión, ya en otras partes emprendida, hacia lo propio y de casa, que no es precisamente lo antiguo y ya pasado, sino algo que, tomando aquello por base y mo-

delo, reúna las especiales cualidades de sencillez, apropiación, solidez y buen gusto que constituyen su indiscutible mérito.

Al llegar á este punto, en que debo decir algo de la *vidriería*, me habéis de perdonar os moleste más de lo tolerable extendiéndome en consideraciones que quizás, por lo que tengan de personales, resulten hasta inconvenientes, bien contra mi propósito; pues, aunque desde luego he de prescindir de lo que tengo expuesto y repetido en periódicos y revistas, monografías y conferencias, temo no saber eludir ni acallar los conceptos, quizás exagerados, que me dicte el entusiasmo que me inspira ese arte, á cuyo estudio he dedicado la labor de algunos años.

Me refiero únicamente á la vidriería plana, ó concretando más aún, á la pintura de vidrieras, pues de la vidriería hueca, por más que no desconozco su importancia, no me creo capacitado para más que citarla como parte interesantísima de este arte.

Empiezo por declarar que me parece injusto el olvido frecuente y casi completo que en los tratados de Historia de la Pintura se padece por lo que respecta á este género de obra que, casi exclusivamente, se practicó durante siglos y por aristas de grandes alientos; sin que acierte á explicarme la causa de tal omisión, porque, cuando con tan afanoso ahinco se investigan los restos de todas aquellas pinturas que, ya murales, ya de iluminaciones y viñetas, de telas y mosaicos pueden servir de indicios que establecen el enlace entre la pintura antigua y la moderna, nada más fehaciente y digno de ser tenido en cuenta que todo el conjunto [de pinturas traslucidas que, arrancando casi desde los días del Bajo Imperio, y llegando hasta fines del siglo xv, ocuparon á tan gran número de artistas, y de cuya labor se conservan numerosos y valiosísimos ejemplares.

Las historias particulares de la Pintura sobre vidrio son bastantes en número y en extremo fervorosas y encomiásticas; pero, ni los abundantísimos datos que aportan, ni los frutos de empeñada investigación que revelan, han sido bastante motivo para que se recojan importantes los materiales que aporta para la Historia general de la Pintura.

Es indudable que durante los siglos x al xiv, y no falta quien lo retrotraiga otro tanto, no sólo fué importante la labor realizada por los pintores vidrieros, sino que apenas se practicaba otro género de pintura y, por tanto, á ella se inclinaban cuantos se sentían con vocación para el ejercicio de esta bella arte. Además: la obra ejecutada, y lo que podríamos llamar sus preliminares y preparativos, como son los dibujos, bosquejos y cartones que preceden á la ejecución de esta clase de pintura, obras pictóricas son y no despreciables ni por entero perdidas ó de que no quede muestra alguna, porque, sin salir de nuestra patria, se conservan muy interesantes en la biblioteca de El Escorial y en otras varias, habiendo podido comprobar por mi parte que de esta clase son las que forman el libro de estampas de los Reyes que se custodia en el archivo de la Catedral legionense, ya que sus figuras están reproducidas exactamente en las rosas altas de las vidrieras del ábside de la misma Catedral, y aun he de citar aquí una circunstancia que de su examen deduje, y creo me fué de no poca utilidad.

Sabido es que la mayor dificultad que en la pintura sobre vidrio sale al paso de quien no tiene práctica en ella es la de dominar el colorido, porque la luz obra en la pintura opaca inversamente que en la traslucida, así que bocetos perfectamente entonados en aquélla resultan inaceptables en ésta; y no hay para qué hablar de que todo tanteo, corrección ó enmienda que sobre el papel, la

tabla, los muros ó las telas puede quedar oculto ó disimulado, es en el vidrio inmediatamente denunciado y con frecuencia exagerado de singular manera. Grande amiga y principal auxiliar de la verdad, la luz descubre toda mentira.

Pues bien: las estampas de los Reyes, pintadas en transparentes pergaminos, permiten al artista, aun dentro de la pintura en realidad opaca, realizar un género de trabajo á la transparencia y juzgar de sus efectos previamente, tanto respecto al dibujo, cuanto también y más principalmente al colorido, de suerte que bien se puede asegurar que, si no todas las pinturas de códices, que con tan justa estima se conservan, han sido bocetos de vidrieras, pudieran haberlo sido, y si no de la misma factura debieron ser las utilizadas por aquellos artistas. No es, pues, justo, ya que se estiman y estudian con afán los preliminares de la obra, prescindir de ésta en su completa realización, puesto que sólo ella está avalorada con aquellas últimas y superiores cualidades que la inspiración y el genio del artista imprime al finalizarla.

Además: como la pintura sobre vidrio no permite, ó si acaso consiente con extrema parquedad, los asuntos desarrollados en diferentes planos, ó lo que es igual, repele la perspectiva lineal y aun casi más la aérea, resulta entre ella y la de los más vetustos ejemplares de la pintura opaca una semejanza tan grande, que no se puede dudar de que ésta es parienta muy próxima por no decir hija legítima de aquélla. La dureza y recorte de los perfiles, que recuerda el engarce en plomo, la ausencia casi de modelado, y éste siempre producido con el color local y preparado para que la luz lo difume; lo entero y vigoroso del color y dentro de reducida paleta y, singularmente, como insinuado queda antes, la falta ó ausencia de la perspectiva ó el escaso conocimiento de ella, y hasta la

circunstancia de pintar sobre tabla, que era precisamente la materia empleada para lo que ahora se llaman *cartones*, parece demostrar el estrecho enlace que entre la pintura de vidrieras y la de los *cuatrocentistas* más arcaicos existe; todo esto, además de estar ya bien comprobado que aquéllos y otros muchos de tiempos posteriores pintaron también sobre vidrio.

No hay, pues, solución de continuidad entre uno y otro género de pintura bajo el aspecto histórico, y, por tanto, parece natural proseguir por la de vidrio la investigación retrospectiva, qué hecha está y alcanza á los comienzos del siglo xii, con ejemplares existentes, y se remonta hasta la primera mitad del ix con testimonios indubitables y descripciones de otros desaparecidos. Además, y cuanto al otro aspecto de la obra pictórica, y cuando recientemente se han suscitado esas escuelas de prerrafaelistas, impresionistas y otros tales, con sus aspiraciones á buscar en arcaicos cuadros nuevos rumbos á la técnica en su doble aspecto de dibujo y color con la pintura que se llama al aire, y otras tentativas, si no siempre juiciosas y aceptables, al menos demostradoras de algo que significa observación y plausible anhelo de desechar maneras y convencionalismos nocivos, en ninguna parte como en la pintura traslucida se puede encontrar guía segura y ejemplos numerosos donde comprobar lo acertado y conveniente que en tales aspiraciones puede haber, y de que siempre, al fin y al cabo, queda algo que importa para el progreso y adelantamiento del arte.

Debo ingenuamente declarar que no he podido jamás entrever, ni en el aspecto histórico ni en el técnico, rastro alguno ni señal que denuncie haber estimado necesario buscar en la pintura sobre vidrio nada que pueda importar, y esto me confirma en mi creencia de que está confi-

nada al desdén, ó por lo menos al olvido, y lo estimo injusto y lamentable. Podrá suceder que sea esto ignorancia mía, tratándose de otras naciones; pero por lo que hace á España, faltaría á la verdad si aseverase otra cosa, porque nuestra labor en este particular se desconoce en absoluto por muchísima gente, cosa que nada tiene de extraño, pues cuantas vidrieras poseemos, que no son pocas ni inferiores á las de otras partes, no han sido examinadas, ni clasificadas, ni casi vistas hasta el presente. Fuera de unas pocas láminas, hábilmente reproducidas en la publicación de Monumentos Arquitectónicos de España; de un erudito estudio del Sr. Rossell en el Museo Español de Antigüedades; del meritisimo trabajo que publicó el Sr. Rico y Sinovas en su *Monografía acerca del Vidrio y de sus Artífices en España*, con algunas otras referencias más de Quadrado, Piferrer y Madrazo (D. Pedro) en sus descripciones de Monumentos, y tal cual otra reproducción en periódicos y revistas ilustradas, puede darse por completo lo que de la pintura sobre vidrio de España se ha dado á conocer, siendo, sin duda por esta causa, tan grande el desconocimiento de ella en el extranjero, que ni una sola vez la he visto citada, ni aun en obras tan extensas como la del arquitecto belga Levy, en que una por una va analizando la labor de los diversos países, contentándose, al llegar al nuestro, con publicar una lista de pintores vidrieros bastante completa, aunque no tanto como la que posteriormente consignó el Sr. Rico en su *Monografía*.

Después de estas consideraciones, no os causará sorpresa la predilección que siento por este género de pintura que, también por circunstancias especiales, he tenido que practicar, contrayendo la obligación moral de llevar á los demás el convencimiento de que no es atención perdida la que á ella se consagre, porque, cuando terminadas las

vidrieras de la Catedral de León, realizadas en su totalidad por operarios españoles, y aun pudiera decir *locales*, hubo de cerrarse el taller y se extinguió el fuego en aquel horno de donde habían salido cerca de dos mil metros superficiales de vidrieras entre reparadas y nuevas, y me veía en la imprescindible necesidad de dispersar aquel grupo de buenos y entendidos obreros con tanto trabajo instruídos, y que tan bien correspondieron á mis órdenes, por un impulso natural, y del que no he tenido que arrepentirme, respondiendo á indicaciones de ellos mismos, acudí en su ayuda, y de nuevo en la misma ciudad se restableció particularmente la fabricación, que continúa al presente, y al parecer con el porvenir asegurado. De suerte que la pintura sobre vidrio puede practicarse sin temor de perder el tiempo ni el esfuerzo que á ella se consagre, puesto que por experiencia sé que el público la busca, la encarga, la estima y la paga, y no sé yo si á los demás géneros de pintura les sucede lo mismo.

Aunque esto parezca harto pequeño y excesivamente positivo cuando de asuntos artísticos se trata, no hay que olvidar que, si no sólo de pan vive el hombre, la mayor parte de los que á las artes se consagran tienen mucha necesidad de ese pan, y no es extraño encontrar á muchos jóvenes que, después de haber soñado brillar entre los grandes astros del arte y haber figurado en Exposiciones, y no en la sala del crimen, sino en la de Menciones honoríficas y aun de las Medallas, se vean constreñidos á solicitar con muchos afanes algo que pintar, aunque sean revocos de fachadas y maderas de puertas y ventanas, y menos mal si aun eso encuentran.

Cierto que la pintura sobre vidrio, y en general el ejercicio y profesión de casi todas las industrias artísticas, supone el establecimiento de un taller, de un obrador, de

algo que acobarda, que amedrenta y que retrae; pero, aunque al presente todo eso se vence con mucha facilidad, todavía queda otro recurso, que es el de consagrarse á la pintura de bocetos y cartones, para este de la vidriería y otras especies de dibujos que las demás reclaman, y aquí sí que es menester advertir, que para todo ello sale al paso la mayor y verdadera dificultad, que únicamente se resuelve con una sola condición, y ésta es tener que estudiar previamente la índole especial de cada una, no confiar sólo en lo aprendido en la Escuela de Bellas Artes, base indispensable de todas, tronco robusto de donde surgen, y por el que circula la savia que las nutre; pero, al fin y al cabo, ramas son que de él se separan, y que, como más débiles, no consienten que de ellas se alcance el fruto que producen sin escogitar siquiera los medios oportunos para acercarse sin peligro de hacerlas crugir y despedir de sí con daño propio al que quiere aprovecharle.

Tal vez otro motivo de retraimiento sea el considerar la pintura de vidrieras como única y enteramente religiosa, circunstancia que no es privativa de ella, sino de la mayor parte de las artes decorativas, si sólo se mira á su pasado, porque no es muy probable que los orfebres de ahora tengan sólo que ocuparse en hacer custodias magníficas, ni los tallistas y ebanistas sillerías de coro, facistoles, púlpitos y retablos, y así los demás; pero, aparte de que aún se hace y se hará por mucho tiempo trabajo de esa índole, aunque no sea más que para reparar y conservar sin detrimento lo mucho y buenísimo que queda, ante la actividad de los cultivadores de las artes se abren otros horizontes. A otros tiempos, otras costumbres, otros gustos y, por tanto, otra producción.

Las vidrieras pintadas tienen aún su principal aplicación en los templos; pero ya hace algunos años, por lo

menos un cuarto de siglo, que se fabrican y propagan las de carácter civil y doméstico, de antiguo, además, muy en boga, singularmente en Suiza y los Países Bajos, siendo indudable que debieron emplearse durante mucho tiempo en alcázares, castillos y palacios, de que casi en totalidad han desaparecido, pues si aun en los templos perccieron muchas por trastornos y catástrofes, cuando no por caprichos y mal gusto, ¿qué no había de suceder en esas otras mansiones convertidas en ruinas muchas, transformadas otras completamente y sin excepción, habiendo pasado todas por temporadas de abandono y soledad, en que, como lo más frágil, las vidrieras fueron lo primero que desapareció? Pero que existieron es indudable, y en España tenemos preciosísimos restos de ellas, en que se representan asuntos de aquellos tiempos, como juegos de esparcimiento y diversión, ocupaciones habituales, cacerías y otras semejantes.

No sé si inspiradas en estos precedentes, ó más bien por lógica intuición, la moderna vidriera llamada de interior ó de habitación empieza á estar en favor y tiene muy entusiastas propagadores. No son baladíes los argumentos que se emplean para demostrar su conveniencia y utilidad, aparte del placer que pueda producir su belleza, porque, en efecto, dentro de nuestras habitaciones, suele ser necesario muchas veces velar la fuerza del sol, substraerse á indiscretas miradas y, sobre todo, sustituir á unos vidrios incoloros é inexpressivos, á través de los cuales no se ve más que las fealdades de un patio de vecinos, ó de unas fachadas antiartísticas, la espléndida decoración de la pintura trasparente, con paisajes ó escenas agradables, con motivos ingeniosos ó cómicos, instructivos ó morales. También en los edificios públicos tienen aplicación, y en las escuelas y cátedras se pintan mapas, colecciones de Historia

Natural, máquinas y talleres, monumentos, retratos, orlas de cintas entrelazadas, en que se escriben fechas y nombres célebres, figuras alegóricas de las ciencias, de las artes, del derecho, de la filosofía, y en cuyas manos, ó sirviendo de orlas, ó aplicadas en cartelas, se leen máximas, axiomas y otras apropiadas inscripciones, á la manera que en las vidrieras religiosas campeaban los preceptos y las máximas de los libros santos.

En otros edificios, como sucede en las Casas Consistoriales, Diputaciones provinciales, Bancos, Casinos y otros muchos más, se aplican en los vanos de las galerías, vestíbulos, escaleras y techos, de suerte que la demanda es grande, y tiende á ser considerable.

Pero hay más: porque de tal manera se han apurado los recursos para facilitar su ejecución, y con tan singular ahinco se procura popularizar el empleo de las vidrieras pintadas, que en artículos de periódico, folletos y aun libros se enseña la manera de que tal arte se puede practicar y, en efecto, se practica por simples aficionados, como sucede con la fotografía, y ciertamente no con más trabajo que ella, puesto que los materiales, los útiles é instrumentos, los colores vitrificables, los esmaltes y hasta los hornos, se preparan y proporcionan por el comercio en condiciones tales, que se pueden tener todos y trabajar con ellos en un gabinete de señorita, y, como sucede con el bordado, tapicería, encajes y otras agradables ocupaciones á que se dedica con preferencia el bello sexo, se ofrecen los medios, ya para hacer en totalidad la vidriera, ya para ocuparse sólo de la parte más agradable y artística de ella y encomendar la manual y menos pulcra á las fábricas y talleres. La afición á la vida del campo, la general dispersión por él en determinadas épocas del año, alcanzando hasta familias modestas y laboriosas que se procuran ca-

sitas propias en las cercanías de las ciudades, con tiempo abundante y deseo vehemente de exornarlas y embellecerlas, favorece esta agradable ocupación, extendida más de lo que parece, sobre todo en Inglaterra, según más que otros lo manifiestan y encomian los franceses, poniéndolo por ejemplo y citándolo como estímulo á sus compatriotas, á la vez que establecen el novísimo sistema de *enseñanza por correspondencia*, para aclarar dudas, resolver dificultades, facilitar el envío de materiales y útiles para el trabajo, tener activos partidarios por doquier que acudan con sus obras á las exposiciones que á menudo organizan.

Por último: es indudable que la práctica de todo género de pintura es siempre beneficiosa para el artista y para el arte; buena prueba de ello se tuvo no hace muchos años, cuando la acuarela estuvo en favor, y se formaron Sociedades y se celebraron exposiciones y se obtuvieron, no sólo felicísimos éxitos, si no, lo que importa más, se cosecharon de ella aprendizajes y recursos muy gallardos, que bien pronto se notaron en los cuadros al óleo más celebrados. No sé si de pintar sobre vidrio se podrían reportar tales ventajas, pero estimo probable que así fuese.

De nuevo reclamo vuestro perdón si he empleado más tiempo del que debía en esta especie de propaganda de esta arte decorativa, tan poco practicada y, á mi parecer, tan atractiva. Al resumir lo poco substancioso que de ella y de las demás he dicho, lamento una vez más mi escasa competencia para tratar debidamente el tema que me propuse, y que intacto queda en lo esencial, siendo quizá sólo útil mi trabajo para despertar la atención de quienes con más competencia le desarrollen.

A vosotros, Sres. Académicos, á quienes todas las artes son deudoras de su adelantamiento y esplendor, que,

cultivadores de ellas y maestros en su práctica, sabéis bien cuánto importa basar y dirigir su enseñanza en principios definidos y precisos, que, por otra parte no oponéis infranqueable valladar á las iniciativas sanas, á las percepciones originales, antes al contrario las acogéis y alentáis, corresponde continuar tan estimable labor, y comprendréis que, al admitirme entre vosotros, me incline á ser el patrocinador de las más humildes y modestas, ya que me llamáis á compartir vuestras tareas, á las que no puedo venir, como los demás, aportando el contingente valioso de erudición y de artísticos triunfos, sino algunas pocas observaciones recogidas practicando mi noble profesión. Por eso ha de ser más profunda la gratitud que os debo, y que una vez más os reitero.

Estimo, como dicho queda, que es menester, no sólo vulgarizar la enseñanza del dibujo, sino proseguir con fe la tendencia ya iniciada de que sea reflexiva, razonada é intensa; que, además de los modelos de fragmentos ornamentales, relieves, estatuas y, en general, de las más elevadas manifestaciones artísticas, hay que contar con las de alhajas, muebles, rejas, bronce, tapices, vidrieras y porcelanas, especialmente de nuestro propio caudal y abo-lengo, en que hay tanto que admirar y aún más que aprender; que, además de los Muscos de pintura y escultura, de reproducciones y arqueológicos, de las colecciones y galerías ya creadas, han de establecerse otros de artes decorativas y suntuarias; que las excursiones y viajes, las ilustraciones y publicaciones, las bibliotecas y gabinetes, principalmente por iniciativa y esfuerzo particular, se acrecienten y multipliquen; que la atención, el estímulo y aun los caudales se inviertan en promover, sin necesidad de la siempre suplicada protección oficial, las manifestaciones artísticas, los premios y concursos que animen y

alienten á los cultivadores de ellos, en la inteligencia que actualmente, no sólo es patriótica empresa, sino, además, casi la única labor nuestra que tiene estima y puede competir con la de otros pueblos.

Aplicados éstos desde hace mucho al desarrollo y progreso de todas las fuentes de producción, nos llevan ya tan considerable ventaja, que no es fácil, no digo superarles, pero ni aun acercarse á ellos, y sólo en aquellos frutos que la especialidad de nuestro suelo ó las aptitudes propias de nuestra raza logran reconocida superioridad es menester concentrar nuestros esfuerzos, á fin de no perder el crédito que aún conservamos, y, además, como es muy probable, elevarle á singular altura.

Es un hecho que en los grandes certámenes internacionales nuestra producción artística ha merecido honores y distinciones iguales, cuando no superiores á las obtenidas por otros pueblos, como también que, supliendo con incesante labor y bien dirigidos estudios, deficiencias que parecían nacer de la condición propia de esos países, aun en lo que parecíamos únicos, nos salen competidores y émulos muy considerables, y que poco puede el genio aislado y sin estímulos, cuando no contrariado ó entorpecido por direcciones falsas ó insuficientes.

Probada nuestra aptitud, reconocido nuestro insuperable abolengo, sabiendo cuál es el camino y acreditados por la experiencia los elementos adecuados para conseguir el fin, no hay más que favorecer el impulso, estimular el ánimo y acometer la empresa, en la seguridad de que, en vez de dormir sobre los pasados laureles, se han de obtener otros nuevos y más gloriosos.

La Real Academia de San Fernando puede con justo título recabar para sí muchos de los triunfos obtenidos. La mayor y mejor parte de nuestros más insignes artistas

contemporáneos pasaron por sus Escuelas y han sido ó son miembros de ella. Con su fallo ha designado nuestros pensionados en el extranjero, de donde ha surgido principalmente esa pléyade de pintores y escultores que han hecho comprender al mundo que España conserva aún dignos sucesores de los Velázquez y Murillo, de Morales y Zurbarán, de Rivera y Goya, de Berruguete y Martínez Montañés, de Hernández y Zarcillo; con sus informes y dictámenes, con sus publicaciones y estampas, ha designado nuestros monumentos nacionales, los ha dado á conocer y clasificado, preparando su restauración, evitando la desaparición de no pocos de ellos, logrando que Arquitectos de su seno, ó revalidados por ella, los salvaran de la ruina y los repararan con acierto no menor de estimar que lo hecho en otras naciones; puede vanagloriarse de haber dado discípulos suyos para maestros de las Escuelas de Artes ó Industrias; se honra habiéndoles concedido la investidura académica; los tiene en su seno y no hay duda que á ella, más que á ninguna otra Institución, corresponde proseguir la iniciada tendencia, la aspiración declarada de que de una vez se organicen esas enseñanzas con el recto sentido que su índole reclama; se establezca lo que en ellas falta y concluya esa serie de tanteos y vacilaciones, muy naturales por otra parte, en toda institución naciente, para que no haya necesidad de ir á buscar al extranjero muebles para nuestras casas, vidrieras para nuestros edificios, tapices para nuestros salones; joyas, esmaltes, mármoles, porcelanas ó innumerables objetos decorativos, suntuarios ó puramente útiles, pero que no excluyen por su sencillez avalorarse con formas bellas. Todo eso se puede y se debe hacer aquí pronto y bien, como lo prueban los ensayos hechos, los éxitos obtenidos en medio de las dificultades, las estrecheces, el desdén, el aislamiento y, lo

que es peor que todo, la errónea dirección de las enseñanzas en que deben basarse, y de las cuales principalmente depende su adelantamiento y perfección. No dudo que en ese extenso horizonte, en ese vasto campo que á vuestra actividad y cultura ofrece el movimiento artístico actual, ha de obtener la Academia nuevos triunfos que sumar á los ya tan honrosamente adquiridos, y por fortuna mía muy especial tendré la de llegar á tiempo para colaborar, aunque sea en modestísimo puesto, en tan noble empresa de amor al arte y á la vez de amor á la patria, que bien digna es de que sus hijos busquemos con afán y ahinco supremo triunfos y provechos que la compensen, siquiera en parte, de sus pérdidas y desmedros.

He dicho.

DATOS BIOGRÁFICOS  
DEL  
EXCMO. SR. D. ARTURO MÉLIDA

---

Nació en Madrid, á 24 de Julio de 1849.

Obtuvo el título de Arquitecto en Marzo de 1873, después de haberse distinguido, durante su carrera, por sus extraordinarias disposiciones para el dibujo y la ornamentación, siendo sus primeras obras de género decorativo, en que siempre sobresalió, tanto en la parte pictórica, como en detalles escultóricos y arquitectónicos que ejecutaba por sí mismo.

Ganó el premio en el concurso de 1875 para el mausoleo del Marqués del Duero, ejecutado en la iglesia de Atocha, y cuya estatua del genio de la guerra es del insigne escultor don Elías Martín, actual Director de la Real Academia de San Fernando. Después hizo el monumento á Cristóbal Colón, en Madrid, cuyos heraldos, bajorrelieves y ornatos fueron modelados por él mismo. La estatua del descubridor de América en este monumento es de D. Jerónimo Suñol.

En 1881 se le encomendó por el Ministerio de Fomento la restauración del claustro de San Juan de los Reyes, en Toledo, y en esta obra, no sólo hizo la parte arquitectónica, sino que también modeló la escultórica y la ornamental. Contiguo á dicho claustro, proyectó y dirigió un edificio para Escuela de Industrias artísticas, empleando en su construcción y decoración el ladrillo, los azulejos, las mayólicas y estatuas de barro cocido y esmaltado.

En 1882 hizo los pabellones para la Exposición de ganados que se celebró en el Parque de Madrid.

En la Exposición Universal, verificada en París en 1889, construyó el pabellón de España, empleando los estilos más característicos de la nación y materiales análogos á los de la Escuela de Industrias de Toledo.

Desempeñó el cargo de Arquitecto del Congreso, y como tal, hizo la obra de su archivo y biblioteca.

También ganó, en 1892, el concurso para el mausoleo de Colón en la Habana, recientemente trasladado á Sevilla, proyecto de original concepción, con cuatro estatuas de metal esmaltado que soportan el ataúd.

En 1879 fué nombrado Profesor de modelado en la Escuela de Arquitectura, con carácter de interino, que desempeñó hasta 1887, en que, previa oposición, la obtuvo con el título de Catedrático numerario.

Fué nombrado individuo correspondiente del Instituto de Francia, por la Academia de Bellas Artes, y en Mayo de 1899 fué elegido Académico de número de la Real de Bellas Artes de San Fernando. Ejerció también el cargo de Consejero de Instrucción pública.

Entre las varias condecoraciones que obtuvo como recompensa honorífica á sus trabajos se cuentan la de Oficial de la Legión de Honor de Francia, de la Orden de Santiago de Portugal y la de Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica.

Murió en Madrid el 15 de Diciembre de 1902.

## PRINCIPALES OBRAS DEL SR. MÉLIDA

Como *Arquitecto*, ha proyectado y construido el Panteón del Marqués de Amboage en el Cementerio de San Isidro, de Madrid.

La restauración del Castillo de los Condes de Peña-Ramiro, en Villafraanca del Bierzo.

El Hotel del Sr. Liniers, en Burgos.

Y la casa del Sr. Baüer, en La Granja.

Como *escultor*, ejecutó las estatuas de la América y la Oceanía en el monumento al Marqués de Comillas, construido en el pueblo de este nombre por el Arquitecto D. Luis Doménech.

La imagen del Angel de la Guarda en un panteón.

Y un gran capitel para el monumento levantado á Colón en Palos de Moguer, obra del Arquitecto D. Ricardo Velázquez.

Como *dibujante*, ha ilustrado los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós.

Las *Memorias del General Fernández de Córdoba*.

Las *Obras escogidas de Echegaray*.

La *Hija del Rey de Egipto*, novela de Evers, con láminas en color.

A *orillas del Guadalquivir*, novela de su hermano D. José Ramón.

Y las *Obras completas de Núñez de Arce* (inéditas hasta ahora).

También ha hecho numerosos dibujos para la *Ilustración Española y Americana* y otros periódicos.

Su última producción en este género ha sido la parte decorativa de las *Leyendas de Zorrilla*.



DATOS BIOGRÁFICOS  
DEL  
EXCMO. SR. D. EDUARDO DE ADARO

---

Nació en Madrid, el 6 de Febrero de 1848.

Siguió su carrera con notable aprovechamiento, obteniendo el título de Arquitecto en 19 de Julio de 1872.

Poco después fué nombrado Arquitecto auxiliar del Banco de España, y, como tal, comisionado para visitar, en unión del Secretario de aquel Establecimiento, las principales capitales extranjeras y estudiar sus Bancos. A su regreso fué encargado del proyecto con el Arquitecto primero Sr. Sáinz de la Lastra, y al fallecimiento de éste fué nombrado Arquitecto titular, y como tal dirigió la construcción del magnífico edificio que se levanta en la calle de Alcalá y Paseo del Prado.

En el proyecto y dirección del edificio de la Cárcel celular de Madrid tomó parte muy activa como Arquitecto auxiliar y, por sus notables trabajos, fué comisionado para estudiar las prisiones de Bélgica; visitó en 1880, con el Ministro del ramo, la Isla Cabrera, y le fué encargado un proyecto de Presidio en dicho punto.

Fuó elegido Vocal Arquitecto de la Junta de Patronos del Correccional de jóvenes de Santa Rita, y proyectó y dirigió su edificio de Carabanchel.

Trabajó en el arreglo y decoración de la Sala décima de la Exposición vinícola de Madrid.

Fué nombrado Delegado facultativo de la Comisaría Regia de los terremotos de Andalucía y, con tal motivo, proyectó y

dirigió en aquella región varios edificios, entre ellos algunas Iglesias, y el Monumento á Alfonso XII en Alhama.

Durante algún tiempo fué Profesor auxiliar de la clase de Mineralogía aplicada á la construcción en la Escuela Superior de Arquitectura, de Madrid.

Habiendo convocado la Sociedad Central de Arquitectos un concurso de Monumento en honor de D. Juan de Villanueva y D. Ventura Rodríguez, obtuvo el primer premio, y en la Exposición Nacional de Bellas Artes le fué adjudicada también la medalla de oro de la Sección de Arquitectura.

Fué Jurado en varias Exposiciones, concursos y oposiciones; representante de la Sociedad de Higiene; Presidente de la Central de Arquitectos españoles; Secretario de la Junta Facultativa de Construcciones civiles, y elegido Académico de número de la Real de Bellas Artes de San Fernando en el año de 1903, no habiendo tomado posesión á causa de la grave enfermedad que padecía.

La última de sus obras ha sido la del Banco Hispano-Americano, con fachada á las calles de Sevilla, San Jerónimo y Plaza de las Cuatro Calles.

Estaba condecorado con la Gran Cruz de la Orden civil de Alfonso XII, y poseía también las de Caballero y Comendador de Carlos III.

Falleció en Madrid el 27 de Febrero de 1906.

## PRINCIPALES OBRAS DEL SR. ADARO

Casa-palacio del Sr. Vizconde de Torre-Almiranta (calle de Sagasta).  
Idem del Sr. Herrero (Fernando el Santo).  
Idem del Sr. Zaldo (Alfonso XIII).  
Panteón del Marqués de Casa-Jiménez (Cementerio de San Isidro, de Madrid).  
Idem de la Sra. de Zúñiga (Cementerio de la ciudad de Salamanca).  
Fábrica de La Industrial Madrileña.  
Bodega de Covadonga, en Alcázar de San Juan.  
Sucursales del Banco de España en varias provincias.



# CONTESTACION

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. ENRIQUE MARÍA REPULLÉS Y VARGAS



SEÑORES:

Grata tarea es la de apadrinar á un nuevo Académico cuando, como en la ocasión presente acontece, éste llega sobrado de merecimientos y con bríos de luchador para acrecentarlos; y aún lo sería más si no se viera amargada por el recuerdo de los compañeros, sin cuya pérdida no tendríamos estas satisfacciones al proveer las vacantes.

La que hoy tan dignamente llenamos fué motivada, primero, por el fallecimiento del insigne artista Arturo Mérida, á quien sustituyó mi amigo de la infancia Eduardo de Adaro que, atacado de cruel enfermedad, perdió la vida cuando tenía terminado el discurso de recepción, compuesto en las treguas de su dolencia, y al cual debió también contestar el que tiene la alta honra de dirigiros en este momento su voz á nombre de la Academia. Sean, pues, mis primeras palabras para unir mi sentimiento al expresado por el recipiendario en su discurso, aumentado por una amistad de cincuenta años que me unía al segundo de aquellos distinguidos arquitectos; y ya que, desgraciadamente, no tuve ocasión de desplegar ante vosotros el panorama de sus méritos, séame, al menos, permitido dedicarle hoy un cariñoso recuerdo en mi discurso.

Y ahora, sólo en cumplimiento de un deber y no por necesidad, he de presentaros á otro amigo y compañero también muy querido, cuya voz acabáis de escuchar: el excelentísimo Sr. D. Juan Bautista Lázaro y de Diego que, elegido Aca-

démico de número en 23 de Abril del corriente año, viene, según antes os decía, provisto de numerosos y relevantes méritos demostrativos de una inteligencia poco común y de aptitudes diversas como artista y constructor de arte, acompañadas de excelentes cualidades morales, que le hacen acreedor al respeto y consideración de todos sus conciudadanos.

Desde el año 1874, en que recibió el título de Arquitecto, hasta el presente, no ha dejado el Sr. Lázaro de revelar en sus incesantes trabajos esa inteligencia y aptitudes antes señaladas.

Natural de la histórica ciudad de León, por haber pasado en ella los primeros años de su vida en la contemplación á diario de su magnífica Catedral y de los otros monumentos arquitectónicos allí subsistentes, fué aclarándose su inteligencia, despertándose en ella el sentimiento del arte y determinándose su vocación por la Arquitectura. Y cuando, al año de obtener el título, fué nombrado Arquitecto municipal de otra ciudad, no menos notable desde el punto de vista monumental, como es Avila, donde permaneció cuatro años admirando y estudiando aquellos hermosos ejemplares del arte medioeval, continuó y se acrecentó su afición al estudio de este período de la Arquitectura, en tales términos, que siempre ha constituido su ideal artístico, sin perderle de vista en todas sus obras, bien que adaptándole á los modernos procedimientos constructivos y á las actuales necesidades sociales, colectivas é individuales.

Allí restauró, de manera sobria y concienzuda, el magnífico Convento de Santo Tomás, fundación de los Reyes Católicos, y parte de las murallas levantadas en el siglo XII, respecto á cuyos edificios escribió y publicó notables trabajos.

Pero la Catedral que primero vieron sus infantiles ojos, á cuya sombra comenzó sus estudios y fué la inspiradora de sus aficiones, le atraía; por lo cual seguía con verdadero interés y con amor semejante al del hijo por la madre, la restauración que en ella se ejecutaba, al frente de la cual habían estado va-

rios reputados arquitectos, entre ellos el insigne D. Juan de Madrazo, y últimamente el estudioso D. Demetrio de los Ríos. Acerca de tal edificio y de sus restauraciones dió Lázaro varias conferencias en la Sociedad Central de Arquitectos, publicadas luego en una revista profesional (1); y, á virtud de ellas, formó parte en 1887 de la Comisión encargada por el Ministerio de Fomento de informar sobre el estado de las obras de tan notable monumento y de proponer las medidas necesarias para llevarlas á feliz término lo más pronto posible.

Fallecido el Sr. de los Ríos, á nadie sorprendió el nombramiento de Lázaro para sustituirle en el cargo de Arquitecto director de aquellas obras — y en él continúa para bien de la Catedral legionense y del arte —, cargo que fué indudablemente la aspiración de su vida artística y que hoy forma parte de su ser.

¡Y qué mucho que así sea, no sólo para Lázaro, sino para todos los Arquitectos, cuando una *Catedral*, como edificio, aparte de toda su alta representación simbólica y religiosa, es la mas completa y excelsa manifestación del Arte en todas sus formas, y por ella y para ella han nacido, crecido y se han desarrollado esa multitud de artes, oficios é industrias que ahora se aplican á todas las construcciones!

Porque, en efecto, la Catedral reúne en hermosísimo consorcio á todas las Bellas Artes hermanas de la Arquitectura y á sus derivadas, en las cuales no es fácil determinar líneas divisorias ni preferencias, para coadyuvar á un mismo fin, realizándolo en tales términos que tan maravilloso conjunto produce á su contemplación, no sólo una intensa emoción estética, sino esa sensación fisiológica del escalofrío que se experimenta ante lo sublime, consecuencia de la honda impresión moral que, con el arrobamiento del ánimo, se comunica al sistema nervioso, transmitiéndola éste al organismo.

(1) *Anales de la Construcción y de la Industria*. Años 1885 y 1888.

Y permitidme, señores, que, tocado este punto, y como demostración de la magia del Arte en la Catedral, os entretenga breves momentos con un paternal recuerdo.

Hace algunos años, muchos por mi desgracia, hallábame yo con la mayor de mis hijas, niña á la sazón de once años, y que poco después fué arrebatada á mi cariño por la muerte, en la hermosa Catedral de Toledo. Era el momento en que, terminada la función religiosa del *Corpus Christi*, salía la procesión á la calle. El día era espléndido; el sol penetraba por las pintadas vidrieras, cuyos colores, flotando en el aire y realzados por el humo del incienso, dibujaban en el suelo ó sobre los fieles los místicos personajes en ellas retratados; los órganos lanzaban al espacio sus armoniosas notas; la poesía de los salmos y de los himnos litúrgicos levantaba el espíritu á otras regiones. Avanzaba la procesión pausadamente, descollando los vistosos estandartes, las áureas y afiligranadas cruces parroquiales, los cetros de plata de los maestros de ceremonias; brillaba la luz en las ricas vestiduras de los sacerdotes, maravillas del arte del bordado, y entre las multicolores nubes de incienso aparecía la hermosa Custodia de Arfe, ostentando el viril con la Sagrada Forma, á cuya vista todo el mundo impresionado, caía de rodillas.... Allí, bajo el augusto marco de la Arquitectura, manifestábanse unidas la Pintura, la Escultura, la Música, la Poesía, seguidas de las artes suntuarias; todo en admirable conjunto que embargaba el alma. Tanto, que mi hija, niña, en verdad, de gran inteligencia, pero muy poco expansiva, de carácter tímido, callada y fría de ordinario, en tan solemne momento, y á pesar de su religiosidad, que la obligaba al silencio y compostura ante el Santo Sacramento, no pudo contenerse y, volviendo hacia mí sus grandes ojos azules, humedecidos por la emoción, exclamó, en un arranque de encantadora ingenuidad: «¡Papá, qué hermoso es *esto*!»

Y lo era, en efecto, con sublime hermosura. *Esto*, es decir, todo el conjunto de Arte, de piedad, de unión de afectos reali-

zados por la *Catedral*, y produciendo esa sensación única que muchos de mis oyentes habrán seguramente experimentado en análogas circunstancias. Y claro es que llegar á ser, en cierto modo, el productor de esa sensación, tiene que constituir nobilísima aspiración de todo Arquitecto; más aún, por lo que respecta á la restauración de la Catedral legionense, para un hijo de aquella ciudad, que siempre la ha tenido como objetivo de su carrera artística.

Consagróse, pues, Lázaro, en cuerpo y alma (nunca puede emplearse con más verdad este modismo), á tan grata tarea, y no descansaba un punto para llevarla al anhelado término. Huelga decir cuánto tendría que luchar para conseguirlo.

Apenas encargado de la restauración, en Junio de 1892, hubo de realizar una operación que, si bien no es artística, es indispensable para la producción de la obra de arte; tal fué el descimbramiento de todas las bóvedas, cuya operación se había ido retrasando por sus antecesores, acaso por temor al resultado. Acometió después la terminación de todas las obras contenidas en el proyecto de D. Demetrio de los Ríos, y, además, la canalización de las aguas pluviales de las naves bajas, problema no exento de dificultades y necesario al importante objeto de dejar descubierto el triforio para reponer en él las vidrieras de que estaba desposeído desde el siglo xv.

Y aquí entra uno de los trabajos más meritorios del restaurador. Creíase por muchas personas peritas que las vidrieras pintadas no podían hacerse en España ni por españoles, y se trató de convocar á un concurso internacional con casi la seguridad de que obtendría la obra alguna casa extranjera, acaso una célebre de Munich, con quien ya se había tratado. Pero Lázaro, siguiendo la opinión del primer Arquitecto de la restauración de la Catedral, el Sr. Laviña, y con constancia y tesón envidiables, comenzó á verificar ensayos y á perfeccionar procedimientos, consiguiendo obtener el mejor éxito, lo

cual le decidió á reparar y construir en León todas las vidrieras, con un presupuesto y coste que no llegó á la tercera parte del de los alemanes.

Y cuenta que la empresa era capaz de arredrar á cualquiera. Se trataba primeramente de clasificar miles y miles de trozos de vidrio pintado que, guardados desordenadamente en varias cajas, existían en los almacenes de la Catedral; y luego, de componer con ellos, como se hace en un juego de rompecabezas, los dibujos de que formaban parte, extendiéndolos sobre cartones para completarlos, dibujando lo que faltaba, y esta operación, al tratarse de más de ochocientos metros cuadrados que miden en junto las vidrieras reparadas, parece de imposible realización, como la juzgó el eminente Arquitecto francés Mr. Viollet-le-Duc cuando restauró la iglesia abacial de *Saint-Denis*, renunciando á utilizar los trozos de vidrios allí también almacenados por carecer de una *hada* que se los ordenara y compusiera. Esta *hada* benéfica encontróla Lázaro en su paciencia y buena voluntad; iluminadas por el fuego del entusiasmo artístico que le animaba.

Treinta y un grandes ventanales formados por 285 vidrieras, más las dos rosas de Norte y Sur, que constituyen la superficie dicha de más de ochocientos metros cuadrados, fueron restaurados ó rehechos antes de 1897. En 1898 se repararon las 45 vidrieras de las capillas absidales y se colocaron todas; y, finalmente, en 1899, se hicieron las nuevas vidrieras para las ventanas donde no existieron ó cuyos restos se habían perdido por completo. A este fin tuvo Lázaro que hacer un detenido estudio de los asuntos de las antiguas para determinar cuáles habían de ser los de las nuevas, siendo de notar que dichas vidrieras pertenecen á distintas épocas y estilos, desde las del siglo xiii, llamadas *legendarias* por los asuntos que informan sus composiciones, las del siglo xiv con escenas bíblicas, algunas del xv de los maestros Juan y Baldovín y otras del xvi de Rodrigo de Ferreras.

Vese, pues, que semejante problema, importante y notable desde el doble punto de vista del arte y de la técnica, fué satisfactoriamente solucionado en escaso tiempo, con tan buen éxito que, en las vidrieras completadas, y esto lo digo por propia experiencia, es difícil señalar los trozos nuevos y distinguirlos de los antiguos; y cuantos críticos se han ocupado en el asunto no han escaseado sus elogios al restaurador, alma de la obra, y á sus inteligentes auxiliares, cuyos nombres desea dicho señor que se consignent y son los del Arquitecto Torbado, pintores Santa María, Rigalt, Bolinaga y González y el ajustador vidriero Moncada. Todos merecen bien de la Patria y del Arte, y así lo sintió el Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897, concediendo una medalla de oro á sus trabajos, y premiando la Real Academia de la Historia con *accèsit* la *Monografía acerca de la pintura sobre vidrio*, presentada por Lázaro en el concurso público convocado por aquella docta Corporación.

Pero no le bastó á éste montar el taller de vidriería que, aunque en forma modesta, subvino brillantemente á la necesidad sentida, sino que, siguiendo los impulsos de su temperamento artístico-industrial, y con la laudable aspiración de que todo se ejecutara bajo su inmediata dirección y con arreglo en absoluto á sus proyectos, estableció un taller de rejería, donde se completaron y rehicieron las bellísimas rejas de aquella Catedral, no sólo en cuanto se refiere á forja y lima, sino también en sus repujados y cincelados. Para calcular la importancia de este trabajo, de un arte eminentemente nacional, baste saber que fueron 19 las rejas restauradas, correspondientes á tres períodos completos del arte, los siglos xv, xvi y xvii, en las cuales hubo mucho que reponer, haciéndolo con tan rara perfección que, lo mismo que en las vidrieras, no se distingue lo nuevo de lo viejo.

Montó, asimismo, otro taller de talla artística en madera para la reparación de la sillería del coro y altares, y, por último, el

de dorado, estofado y pintura para la restauración de las tablas pintadas en los siglos xv y xvi, que pertenecieron á antiguos retablos de la Catedral y hallábanse esparcidas en diferentes Iglesias de la Diócesis, de donde se fueron recogiendo.

Por cierto que la colección de ellas, después de restauradas, ha servido de núcleo á la Exposición regional de Arte retrospectivo verificada en León en el mes de Octubre último.

Tal ha sido la obra de Lázaro en la Catedral legionense, en esa *Pulchra leonina*, objeto de sus amores y desvelos artísticos, obra por la cual obtuvo la Gran Cruz de Isabel la Católica, que le fué concedida al abrirse nuevamente el Templo al culto en Abril de 1901, después de luengos años en que permaneció cerrado, y que también le valió el agradecimiento de sus paisanos, traducido en su nombramiento de *Hijo benemérito* de León; obra, en fin, de valor suficiente para justificar por sí sola su ingreso en esta Real Academia.

Pero, además, y pasando rápida revista á sus más notables trabajos artísticos, ha realizado Lázaro restauraciones tan importantes como la de la Ermita de Santa Cristina de Lena, de que ha dado cuenta en una bien escrita Memoria ilustrada con dibujos y fototipias; de la Iglesia de San Miguel de Escalada, monumento nacional, y la del renombrado claustro románico de la Colegiata de Santillana, á la cual han precedido obras preparatorias de apeo y saneamiento.

Después de expuesto lo que antecede, podría parecer que nuestro nuevo compañero sólo siente gusto por lo antiguo; pero, precisamente á la vez que realizaba estas difíciles restauraciones de lo viejo, empleando en ellas las prácticas y procedimientos de la época correspondiente á cada edificio, era y sigue siendo uno de los paladines y más constantes mantenedores de los modernos procedimientos constructivos, siendo de los primeros que los ha llevado á la práctica en Madrid, con verdadera fortuna, obteniendo valiosos resultados

estáticos y económicos, á la vez que notables efectos artísticos.

Ya en el panteón de los Condes de Villapadierna, construído todo con piedra granítica, cubrió su cripta con crucerías de dicho material, para sostener, no la plementería de las bóvedas, sino grandes losas constitutivas del pavimento de la capilla; y la misma solución, si bien ejecutada en ladrillo-piedra, ha adoptado para sostener el piso de la capilla en el gran Asilo de San Diego y San Nicolás, fundado por los Marqueses de Vallejo y situado en el Paseo del Cisne, de Madrid, en cuya construcción ha empleado también otros modernos procedimientos.

Esta Capilla, hecha de ladrillo al descubierto, como otras varias obras suyas, es una demostración del partido que puede sacarse de dicho material para la decoración interior, constituida simplemente por las mismas estructuras constructivas ó esqueletos resistentes del edificio, como se ve en los antiguos de sillería, sin ocultarlos con guarnecidos ni abigarrados revocos; con lo cual también se atiende al mejoramiento racional de la Construcción, sin perder de vista al Arte, antes bien favoreciéndole, si, como dijo Platón, lo Bello ha de ser el esplendor de lo Verdadero.

Bien quisiera citar aquí y detallar todas las obras proyectadas y dirigidas por mi apadrinado; pero, por ser larga su enumeración, me limitaré á hacerlo de las más importantes, además de las ya expresadas anteriormente. Tales son la Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Pilar, la Iglesia y Convento de Religiosas Agustinas del Beato Orozco, el de Concepcionistas y el de Ursulinas (Capilla y Colegio de Loreto), la Iglesia de San Vicente de Paúl y otras varias en Madrid (1); siendo sus

(1) Iglesia de las Reparadoras.

Asilo y Capilla de la Sociedad Protectora de los Niños.

Escuela de niñas de la calle de García de Paredes.

más notables en provincias el Monasterio de Religiosas Salesas, de Burgos; Iglesia de Cedillo de la Sierra (Cáceres) y de Sabucedo del Monte (Orense); el Hospital de Pradoluengo; terminación del Instituto de Jovellanos en Gijón (oficial), y muchas más (1).

Sus trabajos de carácter privado comprenden unas veintiséis casas de nueva planta en Madrid y sus alrededores, seis en León y tres en Avila muchas de ellas de importancia por su carácter y presupuesto; cuatro panteones en Madrid, dos en León y uno en Avila y varias restauraciones. Todos estos trabajos tienen un sello que les distingue, caracterizado, como queda indicado, por su estilo, recuerdo de los de la Edad Media, aplicado á la construcción moderna.

En otro género de estudios, y llevado de sus aficiones literarias, el Sr. Lázaro ha escrito numerosas Memorias y artículos en periódicos y revistas profesionales. Por último: ha ejercido, además de los ya dichos, los cargos de Ayudante de la Escuela Central de Artes y Oficios, previa oposición; de Arquitecto de las Diócesis de Avila y Toledo; Vocal en Tribunales de oposiciones, etc., además del de Diputado á Cortes por León en 1896.

Ya veis, señores, que no os engañaba cuando al principio os decía que mi apadrinado llegaba á esta Real Academia sobrado de méritos. Y aquí debiera yo terminar mi discurso, ahorrándoos la molestia de escucharme, como debieran terminar

---

(1) Terminación del Convento de Agustinos en Valladolid.

Monumento á Santo Domingo de Guzmán en Caleruega, lugar de su nacimiento.

Cementerio de La Bañeza (León).

Ampliación del Hospicio de Astorga.

Ampliación del Hospital y reconstrucción del Seminario de San Froilán en León.

Decoración del Salón de actos de la Diputación de León.

Proyecto de Casa Consistorial para Valladolid, premiado y adquirido por el Estado.

todos los análogos si se limitaran á presentar al nuevo compañero y justificar ante el público su elección.

Pero, siguiendo la costumbre establecida, cuyo valor consuetudinario le da fuerza de ley, y también como-acto de cortesía hacia el recipiendario, habré de decir algo sobre el tema que tan brillantemente ha tratado éste en su notable discurso. Mas, no temáis, seré breve: primero, porque de él, aunque inagotable, ha dicho el Sr. Lázaro cuanto convenía á su propósito, y segundo, porque nada nuevo puedo enseñaros.

El tema de las ARTES DECORATIVAS está continuamente dando motivo á buen número de libros, conferencias y folletos, y, singularmente para el Arquitecto, es de capital importancia, pues, á diferencia del Pintor y del Escultor, no son sus manos las ejecutoras de la obra que su inteligencia concibe, sino que, como se dice en el discurso á que contesto, le son precisos colaboradores que interpreten sus concepciones, y de los cuales depende en gran parte el resultado.

Para obtener éste, según los deseos del Arquitecto, es absolutamente indispensable que todos estos colaboradores de su obra sigan el camino que les ha sido trazado, fielmente, sin aventurar sus pasos por otros senderos.

No de otra suerte sucede en la ejecución de una obra musical. Cada uno de los ejecutantes puede ser, y lo es muchas veces, un maestro de la voz ó del instrumento que maneja, con personalidad artística propia; pero, reunidos todos en conjunto para interpretar la obra, han de abdicar de esa personalidad y atenerse estrictamente á las notas escritas en el pentágrama, dando á cada una el tiempo, medida y matiz que el autor ó director de la obra les prescribe en sus acotaciones y les marca con su batuta, á la cual han de obedecer ciegamente; pues, de no ser así, no se obtendría el conjunto concebido por el autor. Claro es que la pureza de ejecución y el sentimiento son cualidades personales de cada colaborador, que realzan la obra

artística, ya sea ésta musical, ya arquitectónica; pero siempre dentro de la órbita que de antemano les ha sido marcada.

Por desgracia no suele ser verdad tanta belleza, pues algunos de estos colaboradores no quedan satisfechos si no ponen algo de su parte, y pretenden exornar su papel con floreos, que son la desesperación de los directores.

Así acontece á menudo en el caso frecuente de que la pintura y la escultura vengan á ser auxiliares y complementos necesarios de una obra arquitectónica, singularmente cuando los pintores ó escultores, aun de notoria fama, no son lo bastante artistas para no salirse de su papel.

Y con esto, queridos compañeros de Academia que me escucháis, comprenderéis que en modo alguno me refiero á vosotros, pues tenéis harto probado, y yo lo sé por experiencia, vuestro temperamento de artistas verdaderos para comprender el conjunto de la obra artística en que colaboráis, y poseéis la suficiente discreción para ocupar siempre vuestro puesto y contribuir con vuestro poderoso talento á su realización; dotes de que también gozan, y me complazco en reconocerlo, algunos otros artistas, aunque pocos, por desgracia.

Pero cuando se carece de ese temperamento y de esa discreción y se aspira á la notoriedad, no es extraño ver á pintores y escultores llamados á completar la decoración de una obra arquitectónica, salirse de su papel; pues, en su deseo de lucirse, rara vez se atienen á lo que demanda la unidad de dicha obra, ni mucho menos siguen los consejos del Arquitecto que la concibiera con un estilo, con un carácter ó con una tonalidad determinada para producir el efecto deseado.

No era así en la antigüedad, y sobre todo en la Edad Media, y de ello da buen ejemplo la Catedral católica, donde se ve á la Escultura, admirablemente proporcionada, encerrada dentro del marco arquitectónico, hierática y estilizada para no distraer con formas movidas, engalanando á su señora, cuyos

encantos realza, con ricas vestiduras y preseas que, lejos de ocultar sus bellezas, las ponen más de manifiesto.

Lo mismo sucede con la Pintura: ya en las vidrieras, en las cuales no se prescinde de las líneas arquitectónicas, encuadrando las figuras y asuntos en orlas y marcos arquitecturales que proporcionan una suave transición entre la rigidez y monótono color de la piedra con que están contruídos los ventanales y la brillantez de los colores y movimiento de las figuras y asuntos pintados; ya en los retablos, formados también con tallas representando los mismos elementos arquitectónicos del edificio, como botareles, contrafuertes, pináculos, arcos y frondas, que constituyen asimismo los marcos de esas admirables tablas, cuyas figuras, acompañadas también de detalles de arquitectura, ó sobre fondos planos de oro con grabados, apenas acusan relieve.

Y en tales términos se encuentran en estos monumentos relacionadas y compenetradas las tres Bellas Artes, que es imposible separarlas. Así, pues, las esculturas de una portada, que casi siempre constituyen un conjunto simbólico, y que están magistralmente ejecutadas y proporcionadas para verlas bien solamente en el sitio que ocupan y desde determinado punto de vista, pierden todo su valor cuando de allí se las arranca para exponerlas en un Museo; y lo mismo puede decirse de las tablas pintadas de los altares cuando carecen del adecuado marco formado por los retablos. Son estrofas sueltas de un poema, compases tomados al azar en una sinfonía.

Por lo que respecta á las Artes menores ú oficios artísticos auxiliares de la Arquitectura, nombrados por el Sr. Lázaro en su discurso, y cuyo número acreciéntase de día en día merced al progreso de la industria basado en los modernos procedimientos científicos, con los cuales están ligados, es fácil la tarea de supeditarlos á la voluntad del Arquitecto, y más aún si, como lo ha practicado en León aquel ilustre compa-

ñero, se establecen bajo su dirección los correspondientes talleres y se crean, dentro de cada obra, escuelas, más provechosas ciertamente que las oficiales, pues en éstas — y dicho sea sin agravio para sus dignos profesores, por no ser culpa de ellos, sino de la organización — se enseña y aprende sin objeto determinado, y acaso se extravían ó contrarían el gusto individual y las aptitudes particulares de los alumnos.

Y he aquí otro problema que ha dado y está dando mucho juego en todas las naciones: el de la enseñanza de las *Artes decorativas*, Artes industriales é Industrias artísticas.

Pero tratar de tal asunto, de suma importancia sin duda alguna para los artistas, es labor, además de ardua y pesada, ajena al propósito de este discurso, que cumplido queda con lo dicho, y no he de abusar por más tiempo de vuestra galante atención, que en el alma os agradezco.

Y á fin de que mis últimas palabras obtengan un eco simpático que borre las deficiencias de esta contestación, permitidme, señores, que, mientras llega el momento de estrecharle en fraternal abrazo, dé la más cordial bienvenida al querido amigo y compañero que hoy toma asiento entre nosotros, y de cuyas luces y talentos tanto espera esta Real Academia.

HE DICHO.



